

Nuestra metodología



En los primeros años de vida el niño construye socialmente su cerebro. Los caminos cognitivos que recorren en sus primeros años, son básicamente los que utilizará durante toda su vida adulta; por ello, el contexto cultural y afectivo en el que convivan son determinantes para su identidad. Cuando un niño descubre algo por sí mismo, tiene un impacto real en su nivel de comprensión, creando una relación compleja y sólida con el conocimiento. Por eso lo que se aprende es importante, pero lo es muchísimo más todavía el cómo. La educación, pues, no consiste en llenar mentes vacías, sino en encender aquella chispa que despierte la curiosidad. Así, en La Piccra entendemos a cada uno de nuestros pequeños como sujetos activos y participativos de su propio proceso educativo.

Concebimos a los niños como sujetos de escucha, más allá del nivel de comprensión que tengan en un momento puntual de su desarrollo; por ello, uno de los pilares de nuestra metodología es que los educadores sean personas capaces y preparadas para el trabajo de escucha de los niños, lo que significa estar atentos a sus inquietudes, dificultades, necesidades... de manera individualizada. Solo manteniendo una actitud de escucha significativa seremos capaces de conocer las necesidades y demandas y responder a éstas. Si el niño vive la escucha del adulto, también sabrá escuchar y ser escuchado.

En esta misma línea, e independientemente del nivel de comprensión individual de cada niño, abogamos por la importancia de la palabra: todo niño necesita recibir del adulto las palabras precisas para dar corporeidad y ser capaz de nombrar su mundo interno y la realidad que lo rodea.

Buscamos que en el centro los niños se sientan amparados y sostenidos; debido a las edades tan tempranas con las que los pequeños acceden a La Piccra, y siendo, en la mayoría de los casos, la primera institución educativa a la que acuden, entendemos que somos los adultos, sus educadores, los que debemos adaptarnos a su realidad y no al revés. Es esta la única manera de conseguir una adaptación sana y significativa.

La incorporación al centro significa una separación temporal del niño de aquello que conoce, del entorno familiar en el que se ha desarrollado y ha crecido hasta el momento. Cada niño vive esta separación de un modo diferente y, siempre, impredecible... minimizar el sufrimiento y el desarraigo que supone la separación, tanto al niño como a su adulto de referencia, es esencial para conseguir una incorporación no traumática. La separación es difícil no solo para el niño, sino también para aquellos que lo acompañan en este proceso. En tanto en cuanto consigamos que el adulto se marche tranquilo, también lo hará el niño al quedarse. Por ello, invitamos a cada familia a respetar su ritmo particular y acompañar a los pequeños durante las primeras jornadas en el centro. Nuestros horarios de entrada y salida son completamente flexibles, tanto en el periodo de adaptación, como después, para así favorecer estos ritmos particulares. Las mamás y papás son bienvenidos en la escuela, siempre. La escuela se presenta como un espacio abierto. No hay nada que ocultar de la acción educativa: los padres pueden entrar cuando lo deseen sin necesidad de avisar.

Abogamos por una escuela con los límites mínimos y siempre claros. Todos los materiales y ambientes están para ser utilizados de la forma que cada niño o niña desee o necesite. La única condición es no romper ni estropear las cosas; y al acabar, dejarlo todo recogido.

En La Piccra usamos las palabras (del niño o, en su caso, del adulto) para resolver los conflictos. No debemos olvidar que los conflictos son dolorosos para todas las partes implicadas, y por ello deben ser manejados con toda la delicadeza que requieren, para no herir a nadie. Todas las emociones son válidas, también el enfado, la rabia o la tristeza. No obstante, no todas las formas de expresarlas son aceptables. Usamos la voz (palabra, llanto o grito), pero nunca la agresión.

Respetamos y valoramos las diferencias. Posibilitamos que cada uno sea único y diferente. Defendemos la identidad propia y respetamos la de los otros.

Apostamos por la interacción entre los grupos, esto es, la posibilidad de promover propuestas y actividades, tanto libres como dirigidas, integradas por alumnos de diferentes edades; esto nos permite trabajar y enriquecernos a través de la diferencia y tomar contacto con una realidad distinta a la nuestra, nos permite desarrollar la capacidad de empatía y de comprensión y, por tanto, de querer satisfacer la necesidad del otro, reconociendo al otro ser como diferente dentro de un mismo grupo de iguales. El grupo, con sus diferencias, conforma una pequeña familia, sus componentes se adaptan, se quieren y aprenden a convivir entre ellos, enriqueciéndose con la diferencia. Desde el punto de vista educativo esta capacidad de adaptación y de crecimiento en común posibilita al niño el desarrollo de una gran habilidad para no extrañarse, ni asustarse ante lo desconocido, sino que más bien se familiariza y se siente seguro en un contexto heterogéneo o variado, donde se reconocen otras formas de ser y de actuar. Todo esto supone un valioso aprendizaje para vivir en una sociedad donde la pluralidad forma parte de nuestra realidad más cercana.

Sabemos que los niños aprenden a partir de su propia experiencia, pero también lo hacen observando a los demás, por lo que la oportunidad de compartir un espacio con compañeros de otras edades promueve el aprendizaje indirecto y la capacidad de entreayuda: no es extraño que aquellas cosas que a los adultos nos cuesta hacer comprender a los niños, otros niños se lo hagan comprender perfectamente. El niño se desarrolla sabiendo que siempre tendrá algo que aprender, pero también algo que enseñar a los demás.



LAS ESCUELAS TENDRÍAN QUE TENER LAS PUERTAS ABIERTAS PARA LOS PADRES, SIEMPRE Y CUANDO EL TERRITORIO SEA PRINCIPALMENTE DE LOS NIÑOS (LAURA GUTMAN)